

FRONTERA ENTRE DOS REINOS

Le prometió que volvería, que antes del anochecer estaría contemplando de nuevo sus ojos de gata. Y él siempre cumplía sus promesas. Ella juró que le estaría esperando al igual que ahora, sentada junto al pozo con el dulce aroma de una copa de vino y la cálida luz de las velas. Mentía. No en vano era una maestra del engaño.

Con la primera luz del alba una atronadora serpiente de plata formada por cientos de caballeros luciendo sus brillantes armaduras descendió las empinadas cuestas de la villa. El general miró con nostalgia los soportales por los que tantas veces había paseado con ella refugiándose del sol abrasador del verano, de las lloviznas del otoño... con ella no, más bien unos pasos por detrás de ella. Debían guardar las apariencias. Porque en una ciudad con dos templos en los que celebrar uniones siempre habría dos corazones obligados a permanecer alejados, separados por una frontera invisible de linaje y deber.

Avanzaron inmersos en un silencio sobrecogedor solo roto por el entrecocar del metal de sus uniformes y el golpeteo rítmico de los cascos de los caballos sobre la calzada empedrada. Ese día no habría mercados en las calles ni se respirarían las delicadas fragancias de perfumes y flores o el exquisito aroma del cordero ojalado recién hecho, pues el colorido bullicio de bufones y pitonisas sería reemplazado por el negro del luto y los llantos de las viudas. El aire quedaría impregnado del hedor a humo y a sangre derramada. Solo se respiraría muerte.

No. No si ellos podían evitarlo. Los invasores jamás cruzarían el río. Jamás atravesarían esa eterna frontera entre dos reinos. Y cuando por fin el peligro se alejara los valientes caballeros regresarían al castillo, celebrarían la victoria a la sombra de los poderosos muros que se alzaban verticales sobre la roca y escucharían a los juglares cantar sobre sus hazañas junto al calor del fuego. Y, una vez más, se vería obligado a observar en silencio desde la distancia como sus manos eran tomadas entre las de otro hombre.

Perdido en sus pensamientos miró al frente. Allí estaba, el Arco de la Villa, la Puerta de Castilla luciendo su escudo. En filas pasaron orgullosos bajo él, dispuestos a afrontar su destino sin volver la vista atrás.

Mientras recorrían la interminable pasarela de piedra sobre las aguas del Duero el general sonrió al recordar cuando paseaba con ella por aquella tranquila rivera, escoltándola mientras el viento mecía con suavidad las hojas de los esbeltos álamos y los sauces centenarios. Dieciséis años llevaba ya acompañándola en la distancia, tantos como los arcos del puente. Y en aquellas islas habían encontrado al fin un lugar a salvo de las miradas indiscretas en el que poder reunirse con la luna y las estrellas como únicos testigos de lo prohibido. Allí mismo le había jurado amor eterno a sabiendas de que nunca podría ser correspondido. Sabiendo también que ella le mentía cuando afirmaba haber dejado de amarle, que todo había sido un simple juego que no debía volver a repetirse pues pronto pertenecería a otro. Parecía querer engañarse a sí misma, convencerse de su propia mentira. Pero aunque pudiese mentir al resto, a él no podía engañarle. Le bastaba con mirarla a los ojos.

A lo largo de esas mismas orillas ella había aprendido a galopar a lomos de una preciosa yegua negra como la noche salvo por un lucero blanco que iluminaba su frente. El delicado animal contrastaba con el poderoso corcel de guerra color blanco impoluto del general. Un general que allí le había enseñado a defenderse de mil formas distintas, a estar preparada para sobrevivir por si algún día el ejército invasor lograba atravesar las puertas cuando él ya no fuese capaz de protegerla. Por si algún día aquel que estaba destinado a compartir con ella su lecho se transformaba en su enemigo.

Alcanzaron la llanura, un campo en el que se habían librado decenas... tal vez cientos de batallas. Una tierra fértil regada por las aguas del Duero pero también por sangre de valientes. Frente a ellos se extendía un vasto mar de combatientes dispuestos a morir por la causa. Pero aunque el enemigo les superase en número ellos luchaban por proteger a los suyos, por defender una fortaleza inexpugnable que se alzaba vigilante sobre el cerro, tan enorme, tan majestuosa... y con su amada a salvo en el interior de la torre. No se trataba de preservar las piedras de una muralla, sino de conservar las vidas que albergaba en su interior aún a costa de las suyas propias.

Se lanzaron a la carga. Mandobles frente a cimitarras, yelmos y cotas de malla frente a turbantes y túnicas. Defensores frente a invasores. Luchando por la libertad de un pueblo que no estaba dispuesto a rendirse. Dos reinos enfrentándose en una frontera. Y dos vidas. La de una princesa de ojos verdes comprometida con un noble y la de un valiente caballero destinado a protegerla. Un hermoso río capaz de separar y unir al mismo tiempo todo a su paso.

Las salvas de flechas oscurecían el cielo como si de silbantes bandadas de aves se tratasen. El acero se hundía en la carne mientras potentes mazas deformaban huesos y armaduras dotando a los cuerpos mutilados de un aspecto grotesco. Aun viendo el caos a su alrededor no pudo evitar pensar que tal vez fuese mejor caer en el campo de batalla. De ese modo ella sentiría su corazón liberado para cumplir con su obligación. Qué ironía... Los cuentos de princesas no tenían finales felices pues, aunque las jaulas estén adornadas con barrotes de oro, siguen siendo una prisión para un pájaro que solo desea volar en libertad.

A medida que el sol se alzaba en el cielo para luego descender de nuevo el agotamiento se volvía más y más insoportable. Los cascos de los caballos hollaban los cuerpos de jinetes y bestias caídos en combate sin distinguir entre muertos y agonizantes, sin importar cuál había sido su estandarte. Las orillas se teñían de rojo mientras regueros carmesí bañaban la tierra. Su propia sangre manaba abundantemente, coloreando los flancos de su poderosa montura, que habían dejado de ser blancos. A pesar de tener el agua tan cerca la sed les castigaba al tiempo que el fuego que les rodeaba abrasaba sus gargantas y el denso humo les cegaba la vista. Aun así, mirase donde mirase, solo había más y más túnicas negras.

De pronto, de la nada, surgió un nuevo caballero.

Cuando la derrota parecía próxima, cuando el fuego y el enemigo más les hostigaban, llegó como un sople de aire fresco que atravesaba el humo para infundir a los soldados un aliento de esperanza.

El corcel, negro como el azabache, no llevaba armadura pesada alguna, como tampoco su jinete. Tan solo lucía adornado con cinchas de cuero y una careta tachonada, todo del color de su pelaje. El caballero, también con vestiduras oscuras, ocultaba su rostro bajo una enorme capucha y un pañuelo cuidadosamente colocado que solo permitía ver sus ojos. Con la capa ondeando al viento, se movían con ligereza por el campo de batalla como si se tratase de un fantasma, deslizándose entre amigos y enemigos mientras repartía justicia con su arco. Ni tan siquiera parecía necesitar sostener las riendas, como si las mentes de hombre y bestia fuesen una sola.

Solo había una persona capaz de cabalgar así y no, no era ningún hombre. Lo sabía bien pues él mismo le había enseñado en secreto, así como también le había instruido en el uso del arco y de las dagas, que brillaban prendidas a su cinturón. Porque él había sido su maestro, su protector. Su amante.

Ella conocía todos y cada uno de los secretos de la villa. No en vano era una mentirosa. Y cuando prometía quedarse en sus aposentos como una obediente princesita, no tardaba en romper su palabra. Adoraba sentarse junto al pozo de la fortaleza, sí, pues desde allí accedía a sus pasadizos más profundos. Conocía bien el aroma del vino pues cada noche recorría las infinitas bodegas excavadas en la mismísima roca, formando un intrincado laberinto oculto en la ladera del cerro. Siempre llevaba una vela consigo, no por miedo a la oscuridad, sino para protegerse de los peligrosos gases de las profundidades. Y cuando tras su larga caminata llegaba a la orilla, fuera ya de los inexpugnables muros, recorría la frontera con su caballero.

Por supuesto que mentía. ¿Qué le importaban a ella los títulos y las coronas si mientras tanto aquellos a quienes amaba de verdad sufrían? Si querían una princesa, la tendrían. Si deseaban que la doncella prometida se convirtiera en una abnegada esposa, así se lo mostraría. Si para evitar un castigo mayor al verdadero dueño de su corazón debía obligarle a alejarse de ella, le mentiría también a él hasta quedarse sin engaños. Pero igual que hasta ahora las noches habían sido suyas, hoy tomaría también el día.

Porque cuando desde su torre pudo ver nubes grises cubriendo el campo de batalla sabiendo que no eran de tormenta y que jamás traerían lluvia, cuando miraba al horizonte y veía aquella marea oscura rodear a sus guerreros plateados, cuando a pesar de la distancia pudo sentir en lo más profundo de su corazón las heridas infligidas a su general, decidió mentir una vez más. Salir a pasear junto al pozo, apartarse por un instante de los sonidos lejanos de la guerra. Al fin y al cabo, a nadie le extrañaba que una delicada princesa se marease ligeramente ante tales circunstancias.

Recorrió los pasadizos sin dudar en tan siquiera un recodo. Cruzó entre los juncos, caminó sobre estrechas pasarelas de madera y vadeó el agua allí donde fue necesario para llegar a una de sus pequeñas islas donde, apartando la maleza que lo ocultaba, descubrió un arcón enterrado en el suelo.

Su compañera acudió al primer silbido y ambas se prepararon para su último engaño, ocultando su identidad ante aquellos que pudiesen impedirles llegar a su destino. Y galoparon, hacia el campo de batalla.

Cuando hubo disparado la última flecha cabalgó junto a su compañero por última vez. La fuerza junto a la ligereza. Un poderoso corcel blanco teñido con la sangre de su jinete galopando al lado de una esbelta yegua negra como la noche. Un pesado mandoble que las manos ya casi no eran capaces de sostener era blandido sin cesar, al tiempo que unas afiladas dagas desgarraban con fiereza la carne como si se tratasen de los zarpazos de un felino herido dispuesto a morir matando. Dos guerreros liderando a un mismo ejército en una última batalla por la frontera entre dos reinos.

Incontables vidas se perdieron aquel día pero, cuando al atardecer el último de los invasores fue derrotado, la villa finalmente estaba a salvo. Entonces el general la ayudó a descender de su caballo y mirándola a los ojos, tal como le había prometido, le descubrió el rostro y la besó en los labios.

No volverían a ocultarse ante nadie pues ya no les importaba ser vistos. No temerían al castigo ni a la deshonra por negarse a cumplir con su deber. Se recostaron en la ribera, sonriendo con las manos entrelazadas y sin dejar de mirarse a los ojos. De ahora en adelante no volverían a separarse pues estando ambos heridos de gravedad, sintiendo como la vida se les escapaba poco a poco y sabiendo que jamás podrían engañar a la muerte, también los dos sabían que muy pronto serían libres.

Ella le había mentido muchas veces al jurar haber dejado de amarle. Y hoy, por primera vez en su vida se sentía orgullosa de mentirle, cuando prometió esperarle, mantenerse a salvo en la torre. Y cuando él la miró a los ojos pudo

comprobar que donde siempre había querido ver unos ojos de gata en realidad se reflejaba la firme mirada de una pantera.

Les encontraron al alba, aún tomados de la mano y con una sonrisa en los labios, sobre un reguero carmesí que bañaba la tierra hasta alcanzar la orilla. Dieciséis años, tantos como los ojos del puente, habían esperado para ser libres, para poder por fin unir para siempre sus dos vidas en las orillas de un río, de una frontera entre dos reinos.

Y dos caballos, un poderoso corcel blanco y una esbelta yegua negra, que por fin pastan tranquilos en la isla donde habían aprendido a galopar juntos.

Nedrakse.